

Latin es *coelum*, en Francés *ciel*, en Rumano *tschiel*, en Epirótico *κίελ*, en Griego *ὄρανος*, en Godo *himins*, en Teuton *himil*, en Aleman moderno *Himmel*, en Sajon *himil*, en Islandés *himin*, en Sueco *himmel*, en Inglés *heaven*, como en Teuton también *hevan* y en Sajon *heban*, *hevan*, en Arabe *سما* y en Hebreo *שמים*. No se trata de saber si el *cielo* se puede llamar de mil maneras diferentes, según por donde se le mire: esto todo el mundo lo sabe, y pues cada objeto tiene muchas cualidades y diversos predicados, cada uno de ellos puede significar el objeto.

Tales nombres son concreciones determinadas para nombrar una cosa; pero propiamente *coelum* y todos sus derivados en las lenguas neo-latinas solo significan *lo hueco*, *lo en bóveda*, *κοῖλος*; *himins* y sus compañeros significan lo mismo, *bóveda*, y viene de *ham* = *bóveda*, como *cam-ara*, *καμάρα*, *cam-era*, etc.; *heban* y compañía significan *lo elevado*; *שמים*, etc., *lo alto*, *lo sumo*; *ὄρανος* es un adjetivo que significa *lluvioso*, y se dijo del temporal antes que del cielo, al revés de nosotros, que hemos trasladado el término *cielo* para significar *el temporal* y *el clima*.

Se trata, pues, de saber si el valor *hueco* de *κοῖλος* y *com-bado* de *ham* y *elevado* de *heb*, y *sumo* de *שמים* y *agua* de *οὐρ* (1) es un valor natural, y, en el caso de que estos valores de dichas raíces sean todavía concreciones de otras más primitivas, si éstas primitivas, que se hallan analizando todo el lenguaje, son naturales signos de las ideas ó meramente convencionales.

Tan naturalmente es madera un árbol, como el palo de una escoba, como una viga y como otros mil artefactos hechos de esta materia. La nueva concreción de un término genérico para nombrar una de las especies ó uno de los individuos, en el género contenidos, nada quita á la natural significación del término. Cuando se trata de la *naturaleza* de una cosa, hay que ir á buscar su origen, su *nacimiento* y estado primitivo y *natural*; no se ha de decidir por el uso y estado accidental en que ahora puede encontrarse. El lenguaje en su naturaleza y propio ser es

(1) En Eúskera *ur* = *agua*, cfr. *urinari* = *zambullirse*, SKT. *war* = *agua*, *ὀρία* = *urina* LAT., ANGL.-SAJ. *vär* = *mar*.

ó nó natural signo de las ideas? Esta es la cuestión: cómo cuando se pregunta qué es *en su naturaleza* un individuo, Andrés, por ej., no se trata de si es soldado, aguador ó sastre, sino que se pregunta por su *naturaleza*, que es la naturaleza *humana*.

Algo mejor entendió Sócrates el estado de la cuestión, cuando pone el ejemplo de un instrumento, que usa el artífice, *un cuchillo*, v. g., que puede accidentalmente variar, puede romperse, embotarse, etc., sin dejar por eso de ser propio y natural instrumento, si conserva lo esencial y la aptitud para lo que se le destina.

El material lingüístico se halla repartido en el habla de todos los pueblos: único en sí y con su propio valor, cada pueblo lo usa y concreta diversamente, por medio de la metáfora lo ha destinado á expresar mil diferentes objetos; pero en su naturaleza propia y primitiva ¿qué signo es?

El habla expresa las cosas como se conciben, y cada pueblo concibe las cosas á su modo: si, pues, las cosas tienen muchas caras y el lenguaje propia é inmediatamente expresa lo que hay en la mente, según la cara por donde cada pueblo mire un mismo objeto, así lo expresará cada uno con distintos términos, y el objeto tendrá muchos nombres, y aún en una misma lengua varios sinónimos, cuyo valor *propio*, nó el uso, sino la ciencia etimológica lo habrá de descubrir.

ADELUNG (*Mithridates*) dice que recogió 353 nombres distintos del trueno en solas las lenguas de Europa, y que todos eran onomatopéicos. Aunque se suponga haber alguna exageración, es sabido que un autor arábigo compuso un libro sobre los nombres del león, que llegaron hasta 500, y otro sobre los de la serpiente hasta 200. El autor del *Kamus*, FIRUZABADI, dice que escribió otro libro sobre los nombres de la miel, que son 80, y añade que hay más de 1.000 nombres para llamar la *espada*. Otros han asegurado que existen 400 para expresar la desgracia. Lo cierto es que en esa especie de gimnasia de palabras, que se llama *literatura arábica*, en la que por lo menos se han entretenido la mitad de sus autores clásicos, hay grandísima cantidad de palabras sinónimas para cada cosa ó acción; bien que por la mayor parte equivalen á nuestros epítetos, como por

ejemplo *la cortante, la tajante, la acerada, etc.*, empleados para significar *la espada*. Pero, en fin, el hecho es que cada objeto puede tener muchos nombres y todos bien expresivos. HAMMER contó hasta 5.744 nombres dados al *camello*. Y sin acudir al Árabe, verdadero océano de voces, el pobre Lapon tiene 30 palabras para indicar lo que nosotros apenas nombraremos cinco veces en la vida, el *reno*, y el Sajon antiguo dicen que tenía 15 para indicar el *mar*.

¿Qué dificultad hay, prosigue diciendo Sócrates en el *Crátilo*, para que el que impuso nombres á las cosas los multiplicara para cada una, mirando á las diversas ideas bajo las cuales podía concebirlas? Y concluye que los nombres pueden variar, pero que los elementos, de que se componen, son signos naturales. Solo le faltó el estudio comparado de las lenguas, sin el cual no es extraño errase en decir que muchas letras faltan á este principio, como en las leyes, de las cuales, añade, unas son buenas, otras malas.

Aunque tal vez dijo en esto más que quiso: porque, como en las leyes humanas hay algunas malas, pues siendo tales leyes la aplicacion de la ley natural, que tenemos todos en la conciencia, el legislador á veces, arrastrado por prejuicios y falsas ideas adquiridas y por la pasion, se desvía de la razon al legislar: así la lengua primitiva natural, dejada á merced de la ignorancia, fué variando, corrompiéndose y dividiéndose cada vez más.

Para PLATON, pues, los elementos del lenguaje son signos naturales, el cómo ya lo veremos; y esta teoría, aceptada en varios puntos por muchos autores, es ya un argumento en favor de mi tesis, puesto, que, como dijo MOIGNO, *le fait des essais antérieures d'une théorie par des esprits éminents est un premier argument en faveur de sa vérité*.

#### 87. TEORÍA DE LA IMITACION

¿En qué consiste la propiedad y naturalidad de los elementos del lenguaje como signos naturales, según la teoría de PLATON? Oigamos sus palabras: Σω. Οὐκ ὄντι ὁμοίως καὶ ὀνόματα

οὐκ ἂν ποτε ὁμοία γένοιτο οὐδενί, εἰ μὴ ὑπάρξει ἐκείνα πρῶτον ὁμοιότητα τινα ἔχοντα, ἐξ ὧν συντίθεται τὰ ὀνόματα, ἐκείνοις ὧν ἐστὶ τὰ ὀνόματα μιμήτα. ἔστι δὲ, ἐξ ὧν συντίθεν, στοιχεῖα; Κρ. Ναι.  
«Socrates. Por lo tanto, los nombres no presentarían ninguna semejanza con las cosas, si los elementos, de que se componen los nombres, que ofrecen esta semejanza, no tuvieran ya en sí de antemano cierta semejanza é IMITACION de las cosas; ahora bien, los elementos, de que se componen los nombres, son los sonidos (στοιχεῖα) ¿No es así? —Crátilo. Así es.»

Consiste, pues, su teoría en que cada sonido imite lo que significa: luego veremos si acertó al asignar á cada uno su valor. Pero ¿en qué está esa imitacion? ¿En que el sonido oral remede el sonido de los animales y de las cosas, según han opinado no pocos autores, de modo que solos los sonidos puedan ser el objeto que haya de imitar la voz? Que, si la oveja dice *be*, llamemos *be* á la oveja, si el perro dice *uan*, llamemos *uan* al perro?

*La voix humaine étant á la fois signe et son, il était naturel qu' on prit le son de la voix pour signe des sons de la nature*, dice RÉNAN (1). HERDER sostuvo la misma teoría, que llama de la *onomatopeya*.

CONDILLAC, en cambio, se indigna, con razon, contra una opinion que nos pone debajo de los animales, de quienes vamos á tomar lecciones de lingüística.

¿Nos tendremos, efectivamente, que meter, ó se metió el primer hombre á cazador de codornices y se dió á imitar su voz, ó á remedar el rugido del leon, el ahullido del lobo, el bramar del toro, el mayar del gato, el ladrar del perro, el silbar de la serpiente, el graznar de la corneja, el arrullar de la tórtola, el gorgoritear del jilguero, el zumar del avejorro y hasta el relinchar del caballo y el rebuznar del orejudo?

Este no sería lenguaje humano, sino mezcolanza de todos los lenguajes de las fieras, ni sería lenguaje natural, porque no es natural que el hombre relinche, ni berree, ni gruña. Además, semejantes sonidos no pintarían los animales, sino sus voces. En

fin, no serían fáciles de remedar. Y las cosas que no meten ruido, y las nociones abstractas y morales ¿cómo expresarlas?

¿Consistirá la imitación del lenguaje en la teoría de la onomatopeya y de las interjecciones? Sí y nó (1). No se formó el lenguaje á gritos imitando las acciones naturales y remedando, como un salvaje mudo, los objetos, cómo algunos pretenden. Todo eso cabe en la manera de pensar de los que no ven en el hombre primitivo más que un cuadrumano con el dedo gordo un poco mas dislocado, gracias al cual podía empuñar el garrote que, si hemos de dar crédito á los susodichos autores, no dejaba un momento de la mano; aunque tuviera la desventaja respecto de los otros cuadrumanos de estar el pobre tan pelado de espaldas, que no podía librarse de las inclemencias del tiempo. Según esta teoría, realmente salvaje, el habla es un efecto fisiológico, debido á la acción refleja de los centros nerviosos y de los ganglios: ni mas ni menos que el rebuzno lo es del asno y del gallo el quiquiriquí.

Para ciertos autores muy leídos los primeros *bostezos* del lenguaje primitivo (*relata refero*) debieron de ser las expresiones del estornudar, del comer, del beber y de otras operaciones no menos naturales. ¡Esto era lo mas importante y lo primero que el rey de la creación, puesto en medio de las maravillas del universo, tuvo que comunicar á su compañera! *Naturalia sunt turpia*, añaden. ¡Lástima grande que plumas tan bien cortadas se embadurnen á veces tan perdidamente!

Pero no hay por qué detenerse en tales consecuencias, muy lógicamente por cierto derivadas de las doctrinas hoy mas validas entre los sábios.

Tampoco se debe hacer otra cosa más que pasar de largo por la estrambótica manera de fantasear de los que imaginaron que la palabra era como una especie de vegetación y de excrescencia del pensamiento, del cual salía y brotaba, como salen y brotan las ramas del tronco, ó que la palabra era el mismísimo

(1) Cfr. M. MÜLLER I. p. 407..., donde dá á estas teorías los nombres de *Bow-wow* y de *Pooh-pooh*, y STEINTHAL. *Der Ursprung der Sprache*

pensamiento que sale afuera: que á esto se reducen, no solo ciertas frases, en que á las metáforas mismas se les da cuerpo y materia, sino ideas muy asentadas y teorías muy ruidosas, nacidas bajo la atmósfera evolucionista, que cual negra nube ha venido en estos tiempos á echarse sobre todas las ciencias en ciertos países.

#### 88. RELACION DEL SIGNO Y SUS TÉRMINOS.

El lenguaje humano, por ser humano, es un instrumento de la inteligencia, y por lo tanto, un *signo del pensamiento*. El hombre comunica por medio del lenguaje sus sentimientos y los objetos exteriores; pero, si habla como hombre, solo los comunica y expresa según son aprehendidos por la mente, quedando convertidos, por decirlo así, en pensamientos, en ideas.

El pensamiento respecto del lenguaje lo definieron primorosamente PLATON y BONALD. El primero ha dicho (1): τὸ δὲ διανοεῖσθαι ἄρ' ὅπερ ἐγὼ καλεῖται λόγον ὄν αὐτῇ πρὸς αὐτὴν ἢ φῶχῃ διεξέρχεται... *el pensar lo entiendes en el mismo sentido que yo... para mí, el pensamiento es el verbo ó lenguaje ó razon, que la mente habla á sí misma*. Y BONALD: *Penser, c'est parler à soi-même d'une parole intérieure; et parler, c'est penser tout haut et devant les autres*.

Nada, efectivamente, revela mejor á los demás el pensamiento ó verbo interno, que el habla ó verbo externo. Y es tal la semejanza de estos dos verbos ó hablas, del pensamiento y del lenguaje, que por la palabra puede definirse el pensamiento, por ser la palabra el mismo pensamiento vestido de sonidos materiales, y así λόγος en Griego significa éntambas cosas.

El que quiera analizar el lenguaje tiene que analizar el pensamiento, porque uno mismo es el proceso de entrambos, hasta el punto de que los tradicionalistas dieran en el error de que no se puede pensar sin hablar, interiormente por lo menos, es decir, que no hay pensamiento donde no hay palabra.

(1) *Theetet*, 190, A.

De hecho podemos decir que, así como siempre que pensamos nos ayudamos de la imaginación, especie de pintor ó de fotógrafo, que instantáneamente da color y cuerpo al producto inmaterial de la mente: así nos ayudamos siempre del lenguaje, por lo menos del lenguaje interior: de aquí que nos sea tan difícil hablar en una lengua, cuando en otra pensamos.

El pensamiento es el habla del alma á sí misma, y el habla es el pensamiento que pasa de una inteligencia á otra. El pensamiento ó habla interior y el lenguaje y todas esas otras *hablas*, que damos á entender, cuando, por ej., decimos *esto no habla contigo, esto no responde ó corresponde, esto no dice bien con lo otro*, etcétera, se reducen esencialmente al *relacionarse dos términos*, para conocer, apreciar ó medir uno desconocido por medio de otro conocido.

Tal es, precisamente, la relación del signo al significado, la relación de significación, tal es la esencia del signo. Ahora bien, la *relación*, en que consiste, como digo, la *significación* ó sea el *indicar* un objeto por medio de otro, se halla, en razón de relación ó de signo, formal y exclusivamente en la mente. En los objetos habrá, si se quiere, algún fundamento, para formar la relación, habrá relación objetiva; pero la mente es la que, uniendo esos términos en un concepto único y *simple*, forma la relación y da unidad lógica á lo que en sí y objetivamente es múltiple. Los animales, no poseyendo facultad espiritual, son incapaces de relacionar sus aprehensiones con las voces, como signado y signo: por eso no tienen voces significativas en realidad y reflejamente, no poseen verdadero lenguaje. Solo hay lenguaje, cuando hay signo, es decir, relación entre los sonidos y las aprehensiones mentales. Luego, en último término lo que formal é inmediatamente expresan los sonidos ó el lenguaje fónico son las aprehensiones intelectuales, las ideas.

La *imitación* de que se trata, debe, por lo tanto, versar inmediatamente en la relación de los sonidos á las ideas, nó á los objetos mismos, ni á los sonidos de los animales y demás objetos exteriores. ¿Cuáles son esas ideas, que deben relacionarse con los sonidos del lenguaje, es decir, cuáles son las ideas que dichos sonidos deben imitar? Todas las que caben en la mente; es

necesario, pues, clasificarlas, analizarlas, hasta hallar las más primitivas, que puedan ser imitadas por los sonidos simples, últimos elementos del lenguaje; las ideas compuestas y derivadas de esas ideas primeras se expresaran en el habla por medio de grupos de sonidos. Pero, ántes de analizar esas ideas para compararlas con los sonidos primitivos, que ya conocemos, tengo que declarar todavía más en qué está el ser *natural* del lenguaje y en qué está esa imitación, ó relación exteriorizada en que consiste el *signo* y la *expresión*.

**S**IGNO es toda aquella que, conocida, nos lleva á conocer otra cosa: puede ser arbitraria ó natural, según sea su relación con el signado. Signo de paz es el ramo de olivas, pero convencional: la paz permite la cultura de los olivares del Africa plantados según cuentan por Minerva; signo de victoria es la palma y el laurel: los del triunfo, logrados por el ingenio del poeta, araban adamanados á cada victoria. Así como dice Aristóteles, *los signos naturales de los animales son ciertos fenómenos, como ciertos productos, sin meternos en ciertos fenómenos, como ciertos productos, todo el mundo donde ve humo cree que hay fuego. Y á la verdad, lo único que conocemos de las causas lo conocemos por sus efectos: estos son, pues, verdaderos signos y además naturales, puesto que natural es la conexión del efecto con su causa, así como el regocijo para cada alegría.* Y con todo, uno que no supiese por experiencia anterior que el fuego produce humo, lo por lo menos que el humo es señal de fuego, uno que no conociera de antemano esa conexión, ni tan pronto llegara á saber que había fuego, por más humo que le cegara la vista, no llegaría á saber la causa por su efecto. No basta, pues, conocer el efecto, sino que también hay que conocer la conexión que tiene con su causa, para que ese efecto sea signo inflexible para todos sabios e ignorantes. Para eso se ha inventado el signo, tal sería el signo más natural y menos equivoco del fuego. El lenguaje es un signo natural y tan inequívoco, que no solo indica como efecto la causa que lo produce, por lo que ya